

# Emigrados de tierra y lengua

Por Alfonso REYES

Cuando, por 1924, volví de Europa tras once años de ausencia, en una pausa de mi servicio, Eduardo Colín se quejaba de que nuestros literatos, de un modo general, tuvieran que acogerse a la diplomacia y vivir fuera del país. Porque la diplomacia es, en suma, un áureo destierro, por mucho que pueda aprovechar a éste o al otro (corresponde entonces a "los años de viaje", la formación juvenil de 'Meister') y, salvo casos excepcionales, es imposible confundirla con el turismo y los viajes de esparcimiento.

Hay quien materialmente no puede vivir fuera de su tierra, y ni Sócrates ni Pasternak —acaso por sus años— soportaron la idea del alejamiento; peor en el caso de Pasternak, porque su ausencia de Rusia suponía en rigor un cambio de lengua. Pero, si dejamos de lado a los escritores científicos, menos sujetos a las formas verbales, algunos escritores de carácter literario aciertan a mudar lenguas o alternarlas, como el gran profesor francés Albert Guérard, de Stanford, y me figuro que también el eminente Chinard; como creo lo ha hecho Feuchtwanger, novelista histórico, y desde luego Madariaga el hispano-inglés, sucesor en esto de Santayana; como antes Blanco White, el que chocó ayer sus armas con nuestro Fray Servando en Londres. Quien se traslada tempranamente de un habla a otra (¿Hilaire Belloc, Joseph Conrad o Apollinaire?) sufre menos por de contado. Vladimir Nabokov —aunque olvidemos a *Lolita*— es ejemplo de virtuosismo heroico: cambió el ruso por el alemán allá durante los años de 20 o 30, bajo el seudónimo Sirin, y más tarde el alemán por el inglés cuando se instaló en los Estados Unidos. Otros ejemplos no lejanos: el franco-irlandés Samuel Beckett, obligado a prescindir del discurso civilizado y a escribir un diálogo molesto; el anglo-húngaro Arthur Koestler, a quien Iwan Goll suele llamar "Juan-sin-tierra". ¿Y hace falta recordar a Heine, vuelto al fin escritor francés, o al perseguido Dante cuando adoptó la lengua latina? Hay desterrados transitorios o de por vida; voluntarios, obligados, casuales; aislados o en masa, como los emigrados de las revoluciones. La historia sería inacabable, y todos mis lectores van a sentir la tentación de completarla, como un juego de sociedad.

En nuestra América, el traslado y la aclimatación resultan naturalmente más fáciles. Heredia acomoda en México sin esfuerzo. Y sin ir muy allá Pedro Henríquez Ureña —que por mucho corresponde a lo que alguna vez llamé "la americanería andante"—, salvo un transitorio ensayo para organizar la educación en su país, la República Dominicana, pasó su vida en Cuba, en México (aun en Nueva York y en Minnesota), y fue a morir en la Argentina, donde residió durante sus últimos años.

Ahora bien: tras el libro prócer del Rector Jean Sarrailh, que ya habría rectificado del todo la falsa idea que se tiene del Setecentismo español, a no ser porque ya la gente sólo lee el periódico y los manifiestos políticos, aparece, lanzada por la benemérita editorial catalana de Seix Barral, una hornada de ensayistas nuevos, dignos de la mayor simpatía: Goytisolo, de veintiocho años, nos da unas páginas ágiles y fluidas sobre *Problemas de la novela* (no el problema estético ni el psicológico, sino el problema de la novela en relación con su mundo social, problema también de arraigo o descastamiento, físico o puramente mental); y Gil Novales, apenas un año mayor que su compañero, nos da una preciosa monografía —llamada algo poética y caprichosamente *Las pequeñas Atlántidas*, por recuerdo de Ortega y Gasset, a cuya orden literaria puede decirse que ambos jóvenes corresponden hasta cierto punto—, cuyo expresivo subtítulo (*Decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX*) anuncia, como lo es en efecto, aquí y allá, una galería de desterrados: viajeros científicos, diplomáticos *saudosos* (Jorge Juan y Antonio de Ulloa; los Azara, el economista Cabarrús — francés hispanizado como Groussac fue un francés "argentinizado"; Flórez Estrada y otros refugiados en Londres; sobre quienes debe consultarse el excelente libro de Llorens Casti lo, *Liberales y románticos*, que hemos publicado en El Colegio de México, etcétera).

El pobre Ovidio, hacia los cincuenta, en plena gloria, por razones políticas o por otras razones que él prefirió dejar en la sombra, fue desterrado por Augusto y recluido en Tomes



Hilaire Belloc.—Dibujo de James Gunn (1948)

(Ponto Euxino), lejos de todo lo que podía contentar su imaginación y su exquisita sensibilidad. Ni Augusto ni Tiberio quisieron nunca perdonarlo, a pesar de sus amargas súplicas, y allá murió, al fin, en los primeros años de nuestra era. Cuando se habla de desterrados es imposible olvidarlo. Oigamos su voz lamentosa:

Dioses del mar y del cielo (pues ya no me queda más recurso que expresar mis votos): no acabéis de destrozad este pobre navío, ya tan maltratado, no os asociéis a la venganza de César el poderoso. A veces un dios protege a los que otro persigue. Si Vulcano tomó partido contra Troya, Apolo acude a su defensa. Venus favorecía a los troyanos, al paso que Palas les era adversa. Juno, tan propicia a Turno, odiaba a Eneas, aunque éste vivía seguro bajo la protección de Venus. A menudo el rabioso Neptuno se lanzó contra el prudente Ulises, pero Minerva lo amparaba siempre contra los arrebatos del hermano de su padre. Y también a nosotros, aunque tan lejos de aquellos héroes ¿por qué no ha de defendernos una divinidad contra las agresiones de otra? Pero ¡ay triste de mí! Mis clamores impotentes se los lleva el aire. Enormes olas ahogan la boca que los profiere. El impetuoso Noto se apresura a dispersar mis palabras y no deja llegar hasta los dioses las plegarias que les envío...

Sí, no podemos negarlo: demasiada "literatura" en el mal sentido del término. El peso de los adornos retóricos opaca la sinceridad de tus lamentos, cuitado Ovidio. Pero tú naciste retórico y eres hijo de la retórica. Para ciertas naturalezas —y así es la tuya— la espontaneidad misma es ya alambicada. No dudemos de tu dolor, no. Cada uno llora como puede. Hay lamentos y lamentos, *et j'en sais d'immortels qui sont des purs sanglots*.